

Manuel Vázquez Montalbán

Galíndez

Prólogo de Manuel Vilas



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Manuel Vázquez Montalbán

Galíndez

Prólogo de Manuel Vilas



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

«GALÍNDEZ»: UNA NOVELA PELIGROSA

Manuel Vázquez Montalbán eligió un apellido sonoro para titular esta excelente novela: Galíndez. Eligió un apellido capaz de simbolizar, concretar y resumir los tiempos convulsos de la historia reciente de España, de la historia de la República Dominicana e incluso de la política exterior de los Estados Unidos en la década de los años cincuenta del pasado siglo.

Galíndez, digámoslo cuanto antes, es una novela sobre eso que ahora llamamos «el Mal». No sabemos llamarlo de otra forma. No sabemos llamar de otra forma a la barbarie, a la ausencia de verdad, a la ausencia de justicia. A la barbarie de la historia en el año 2018 la llamamos «el Mal», con mayúscula. Y de eso habla este libro. Habla de las abominaciones y de las corrosiones morales, habla de la malignidad del poder político, habla del subdesarrollo inherente a cualquier forma de manifestación política de España y de sus hijos latinoamericanos.

Galíndez es la historia de una tortura y de un asesinato.

El 12 de marzo de 1956 Jesús Galíndez, político nacionalista vasco, y español en el exilio, fue secuestrado en la Quinta Avenida de Nueva York y conducido a la República Dominicana, en donde el Generalísimo Trujillo lo esperaba para reventarle la vida, para someterlo a las más salvajes humillaciones, vejaciones, atrocidades y suplicios físicos. Para «darle chalina», es decir, para ahorcarlo.

Ya no vería Jesús Galíndez la prodigiosa primavera neoyorquina de 1956.

He de confesar que cuando leí *Galíndez* tuve miedo. No sé si Vázquez Montalbán lo tuvo cuando escribió esta historia. Todo lo que tiene que ver con el dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo da pánico. La novela de Vázquez Montalbán se publicó en 1990. No hacía tanto tiempo que Trujillo había muerto. Pensé que aún habría trujillistas en activo. También pensé en Mario Vargas Llosa y en su novela dedicada al dictador, *La fiesta del chivo*, que se publicó en el año 2000, y en el propio Jesús Galíndez, a quien le costó la vida escribir sobre Trujillo, pues fue el autor del libro *La era de Trujillo*. Pensé que al único de los tres a quien escribir sobre Trujillo le costó la vida fue a Galíndez. Algo pasó en el mundo, algo cambió para que –treinta años después– escribir sobre Trujillo ya no te costase la vida. Me refiero a los treinta años que van desde la década de los sesenta hasta la de los noventa.

No es tanto tiempo, treinta años. No es tanto tiempo el que separa la libertad de escribir sobre Trujillo sin que te maten de escribir sobre Trujillo y ser secuestrado y morir a golpes y que tu cuerpo desaparezca.

Nunca fue encontrado el cadáver de Jesús Galíndez. Se lo comieron los tiburones. Se lo tragó el océano. Nadie lo sabe. Nadie ya lo recuerda. Sin cadáver, no hay materia. Sin materia, no hay nada; o tal vez más tristeza, que brota de la misma tristeza. Imagino algún resto óseo a cien metros de profundidad, resistiéndose a desaparecer.

El problema del caso Galíndez tiene nombre de país, y ese problema son los Estados Unidos. Por eso, Vázquez Montalbán crea el personaje de Muriel Colbert, una estudiante e investigadora norteamericana que escribe una tesis sobre el caso Galíndez. En el personaje de Muriel descansa la trama, porque el novelista también construye una novela negra, una novela de intriga, con esa mezcla o convergencia tan original entre el género negro y la novela política que caracteriza el arte literario del escritor barcelonés.

Galíndez es la novela de un marxista melancólico que escribe con la pericia de un consumado narrador de intrigas detectivescas. Este novelista narra muchas veces desde una segunda persona arrebatadora: Muriel Colbert o el propio Jesús Galíndez se comunican con el lector desde esa segunda persona, que Vázquez Montalbán maneja como nadie. Narrar desde una segunda persona es muy difícil, lo saben bien los novelistas. Solo por eso, *Galíndez* ya es una obra maestra, porque borda esa segunda persona, que permite al lector un conocimiento maravilloso y extraordinario de los personajes que dan vida a esta historia. Por ejemplo, el lector entra en el alma de Jesús Galíndez, entra en su destrucción y su muerte. Desde la mente de Galíndez nos llegan las palabras del Jefe, los turbulentos insultos del Generalísimo. El Jefe, ese era el nombre popular y tropical de Rafael Leónidas Trujillo.

Entrar en el ánimo de Jesús Galíndez y de Muriel Colbert es entrar en almas tristes, porque los dos son dos derrotados. A Vázquez Montalbán le gusta indagar en ese tipo de personajes, en donde él mismo se sentía reflejado. Son gente que tuvo ideales, y de esos ideales solo queda una melancolía inteligente, lúcida, aplastada. Las mentes de Galíndez y Muriel son hermosas. Especialmente, la de Muriel. El lector acaba enamorado de esa mujer, a quien no le espera sino un final terrible.

Muriel es pura melancolía. Es dulzura. Y es terror. Terror y trópico. Terror y humedad caliente, eso es este libro.

Y desde Muriel Colbert nos llega la paranoia de un país entero que hizo de la

lucha contra el comunismo una de las banderas más sórdidas y despreciables de la historia. El epicentro moral de esta novela está en la corrosión ética de la democracia estadounidense. El escándalo del que parte la novela no es otro que el de la complicidad de los Estados Unidos con el régimen del general Trujillo. Esa complicidad es la que hace posible que un ciudadano sea raptado en plena Quinta Avenida neoyorquina y trasladado a una cárcel del Tercer Mundo para ser sacrificado como un cerdo.

La maravillosa Nueva York, la ciudad de cien mil películas, de cien mil canciones, de cien mil poemas, de cien mil libros, amparó el secuestro de un ciudadano libre. La ciudad que inspira la portada del segundo disco de Bob Dylan es la misma ciudad, con apenas siete años de diferencia, en la que Galíndez es vendido a Trujillo y empaquetado para Santo Domingo por el gobierno de los Estados Unidos.

Trujillo convirtió la República Dominicana en un matadero porque a los Estados Unidos les pareció muy oportuno. Galíndez fue asesinado porque a los Estados Unidos les pareció un acierto y a las personas involucradas directamente en su muerte un buen negocio. Trujillo fue derrocado porque a los Estados Unidos les pareció que ya le tocaba el derrocamiento y porque para entonces el Jefe solo era un adefesio insoportable que afeaba su política exterior. Todo este trasfondo político está en la novela de Vázquez Montalbán, pero suministrado en forma de trama, con diálogos brillantes, con un sofisticado entendimiento de cómo era el mundo en la década de los años cincuenta.

Porque si hay algo que conoce bien el escritor de esta novela es la complejidad del capitalismo, del comunismo, del fascismo, del totalitarismo, de las dictaduras latinoamericanas, de las luchas anticomunistas, del franquismo, del nacionalismo, de la estupidez en toda forma y lugar, de todo aquello que es capaz de conducir a la historia hasta el acantilado del terror y de la ferocidad de los hombres contra sí mismos.

La imposibilidad de conocer la verdad histórica es otro de los abismos que Vázquez Montalbán traslada a esta novela. En definitiva, la perversión política acompaña a la humanidad desde siempre y hay que narrarla. Narrar la perversión es la única pedagogía que nos queda.

Los personajes perversos hablan de manera magistral. La historia no tiene culpables: tiene gente que habla. Hay un agente de la CIA, llamado Robards, que hace del anticomunismo todo un arte filosófico, no exento de lirismo e incluso de sentencias ideológicas sofisticadas. Un policía hablando del poeta T. S. Eliot, qué ironía tan magnífica. Los habladores anticomunistas son en esta novela

especialmente brillantes. Son arte literario. Allí, en la confección ideológica del anticomunismo, Vázquez Montalbán quiso ser complejo, arriesgado, refinado y cosmopolita, sobre todo en lo que afecta a los anticomunistas estadounidenses. Los anticomunistas latinoamericanos solo son unos asesinos sin más, con intereses tan obvios como ruines. Le interesaba a Vázquez Montalbán la fricción entre libertad de expresión y capitalismo que se da en los Estados Unidos. Muchas veces *Galíndez* es una novela sobre los Estados Unidos.

Todo mira a los Estados Unidos, porque es el país del que se espera algo relevante. De la República Dominicana no se espera nada. Hay un momento brillante de la novela en que Trujillo exclama que no se come todo lo que produce el país, que deja que los demás coman. Trujillo reparte. Ahí radicó el éxito del Jefe, en el reparto de la riqueza entre una élite de mandos militares, policiales y políticos, y en un desarrollo económico visible y real de la República Dominicana.

Se busca una dualidad a la hora de mirar a Estados Unidos. Por un lado, Muriel Colbert representa a la intelectual responsable, honesta y con conciencia. Y por el otro, el profesor Radcliffe simboliza un modelo de intelectual de izquierdas hipócrita y aprovechado, que a la mínima de cambio es capaz de vender a su madre por un puñado de dólares. Vázquez Montalbán necesitaba mucho a un personaje como Radcliffe, porque expresa una acerada crítica contra la izquierda de salón, la izquierda pija, que diríamos ahora, la izquierda a quien la derecha neoliberal mantiene en una situación de comodidad material y de vida ociosa y disipada y le paga las facturas y los apartamentos de lujo.

En el sentido más abstracto, y más humano, *Galíndez* es una novela que anhela un justo, un hombre digno, un ser humano honesto. Nadie es honesto las veinticuatro horas del día, nos dice Muriel, pero de esas veinticuatro hubo una hora en que Jesús Galíndez creyó en la justicia, o mejor aún: en la libertad.

Esa hora salva el mundo y salva la historia.

Porque Jesús Galíndez no era un héroe, ni su hoja de servicios estaba inmaculada. Hay muchos grises en esa vida, que Vázquez Montalbán revisa a través de los descubrimientos e investigaciones de Muriel. La relación de Galíndez con la CIA y el FBI es uno de los aspectos más oscuros de este nacionalista vasco. No tuvo escrúpulos a la hora de servir de informador a la inteligencia norteamericana. Puede que esa fuese la única forma de conseguir un poco de oxígeno político en los Estados Unidos para la causa del nacionalismo vasco. Un nacionalismo vasco que tenía delante a la dictadura de Franco. La gama de grises en que se desarrolló la vida política de Galíndez es amplia y

enmarañada. Por eso lo eligió Vázquez Montalbán, porque Galíndez es escurridizo y juzgarlo resulta una temeridad. Salva su ejecutoria política ese final, ese momento en que el personaje se juega la vida por la libertad. Y la pierde.

Todo queda perdonado en el momento en que Galíndez decide denunciar la dictadura de Trujillo.

Y eso lo hace en los Estados Unidos, en el país que negociaba con esa dictadura.

Era evidente que Vázquez Montalbán tenía que escribir esta novela, porque en la vida de Jesús Galíndez está contenida también la comedia. Por eso, y porque además la historia es cínica, la causa de la rabia de Trujillo contra Galíndez es de orden personal y va referida a las dudas sobre la paternidad de Ramfis Trujillo, hijo del Jefe, que Galíndez manifestó por escrito y en público.

También es irónico que el final del Jefe lo precipitase el asesinato de Galíndez. Trujillo se vio obligado a borrar las huellas de ese crimen, y en esa limpieza cometió el error de liquidar al piloto norteamericano Lester Murphy, al mando del avión encargado de llevar al político vasco desde Nueva York a Santo Domingo. Fue la familia de Murphy la que removi6 Roma con Santiago intentando aclarar la muerte de su hijo. Asesinar a un estadounidense fue su error.

Trujillo, en el caso Galíndez, se dejó llevar por la ira y por sentimientos tan descontrolados como vulgares. Para Trujillo, acabar con Jesús Galíndez fue algo personal. Deseaba vengarse por cuestiones que en realidad no tenían ninguna trascendencia política, como el hecho de que se supiera de quién era hijo Ramfis Trujillo. A Trujillo le venció la vanidad de macho. Algo patético, sin duda.

El final de la novela apuesta por un eterno retorno del crimen político. La inmolación de los justos es el precio para que la historia camine. Pero hacia dónde camina la historia. ¿Hacia la libertad? Puede ser. Ya he dicho antes que Vázquez Montalbán y Vargas Llosa pudieron escribir sobre Trujillo sin que los asesinaran.

Si hay herederos actuales de Trujillo, esos serían los narcos. Creo que hoy Vázquez Montalbán escribiría sobre narcotraficantes con la misma voluntad política con que escribió *Galíndez*.

Recuerdo a Vázquez Montalbán en una comida en un restaurante de Zaragoza. Correría el año 1998. Es decir, era cinco años antes de su muerte. Yo no había leído *Galíndez* entonces, lástima. Solo vi una vez en mi vida al novelista

barcelonés y fue esa. Recuerdo que hablamos de poesía. Me inspiró ternura. No sé por qué, pero ese fue el sentimiento que me produjo.

¿Quedan trujillistas en activo?

Yo creo que sí, aunque se llamen de otro modo.

Pienso que esta novela es una advertencia y un recuerdo de que la libertad siempre está amenazada, de que hay que seguir luchando por la libertad, en cualquier momento de la vida y del tiempo. Justamente para eso se escribió *Galíndez*, para recordarnos que una palabra puede valer una vida.

MANUEL VILAS,
Madrid, octubre de 2018

Edición en formato digital: octubre de 2018

© Manuel Vázquez Montalbán y Herederos de Manuel Vázquez Montalbán, 1990

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3991-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es